

XIV

IDEAL DEL PORVENIR.—COMPOSICION.

“Libertad, igualdad, fraternidad.”
Trilogía sustantiva.

Ya lo hemos visto, los derechos del hombre tienen su iniciación en 1414. Había un opresor y un oprimido, un sacrificador y un sacrificado. El sacrificador era el *privilegio*, el sacrificado era el individuo. El primer privilegio era la casta divina, Sacerdocio. El segundo privilegio era el Estado civil, Imperio. La víctima secular era el *individualismo*.

Ningun movimiento trascendental en la Historia se realiza de un golpe; hay que tomar el campo enemigo trinchera sobre trinchera, reducto sobre reducto, cuerpo sobre cuerpo, vida sobre vida.

Dividir para vencer, vencer para unir, matar y morir para renovarse, este es el procedimiento. Era preciso atacar el primer privilegio, para liquidar el segundo. La lucha era abierta, el individualismo sacrificado contra el socialismo sacrificador centralizado en el sacerdocio, personificado en el Imperio.

El primer grito de protesta lo dió Juan de Hus en Constanza; Lutero preparó la lucha del individualismo en el órden religioso. El Imperio miró con secreta y disimulada complacencia el movimiento que tendía á emanciparle de los anatemas del privilegio sacerdotal.

El Imperio estaba á dos palmos de los Papas, el estado llano (clase media) estaba á dos pasos del Imperio. Lutero enseñó el camino de su emancipación á los reyes, y éstos se hicieron, los que no protestantes, regalistas. Distintas formas para un mismo fin.

Voltaire preparó la lucha del estado llano, del individualismo en el campo político. Los reyes se hicieron filósofos contra el privilegio sacerdotal, sin apercibirse de que toma-

ban armas con la Clase Media en la lucha consiguiente contra el privilegio civil.

El sacerdocio recibió el primer golpe de la Monarquía, la Monarquía de la Clase Media, la Clase Media se quedó con el pueblo detras.

Voltaire personificó la opinion pública, eco y voz del individualismo en campaña. Quesnay llevó la lucha al terreno económico; Turgot á las esferas gubernamentales; la Gironda al campo legislativo. Muerta la Monarquía en Luis XVI, el individualismo había triunfado del privilegio sacerdotal y del privilegio civil.

Y sin embargo, embarrancó la revolucion.

Era lógico y era natural.

El individualismo lo hizo todo para emanciparse y no se cuidaba de otra cosa. Voltaire, de talla menuda, que no pudo levantar su cabeza sobre la barrera de los tiempos, se estacionó en sus días, felicitándose de que el reinado de Luis XVI sería la regeneración feliz de la Monarquía. Condorcet, el superviviente de la Enciclopedia, exclamaba refiriéndose á Voltaire:—¡Ah! él no ha visto lo que hacía, pero hizo lo que vemos!—

Condorcet no veía más que las exterioridades de su presente acusando al tiempo pretérito: el filósofo no tenía una mirada para el tiempo futuro.

Todos aquellos sabios fueron de su edad y para su época, sólo Rousseau se adelantó al porvenir. El individualismo proclamaba los *derechos del hombre* y combatía ciego de encono, harto de servidumbre, por sí y para sí. Rousseau enseñaba los *derechos del ciudadano*. Pero el individualismo remedando á Luis XIV decía:—El ciudadano soy yo, y ha llegado la hora de hacer lo que me da la gana.

Rousseau se vió envuelto en el más triste y solitario abandono: hablaba á las generaciones que no habían venido; no podía hallar respuesta en los hombres que eran. Además, el individualismo tenía *horror al Estado*.

No hay semilla infructífera en el valle de las ideas, y al riego de Rousseau nacieron plantas parásitas. ¿Cómo era posible poner de acuerdo á los Jacobinos con la Gironda? Esta representaba el poema lírico del individualismo, cantado por una Safo, Mme. Roland. La Iliada se había consumado, la Clase Media estaba redimida, el Estado llano libre decía:— Yo soy el individualismo.

En los Jacobinos residía la filosofía tétrica, era la voz del desheredado; allí estaba el pueblo desnudo, que había prestado y seguía prestando su brazo y su sangre en la terrible lucha.

Voltaire había querido la libertad y la igualdad para los suyos; la palabra *fraternidad* le era desconocida. Y lo hemos dicho, llamaba al pueblo canalla.

Quesnay colocaba al pueblo en la *clase estéril*.

La Gironda no veía más que asesinos en el vecindario de París, sin reparar que ella tenía las manos tintas en la sangre de Luis XVI, y lo que era peor, en la de María Antonieta. El disimulo del remordimiento es energía de orgullo, y algo debió fortificar el valor de Mme. Roland al verse encerrada tabique por medio de la prision que ocupó la hija de María Teresa.

Unidos en la pelea por causa comun, tenían que dividirse en el triunfo los individualistas y los societarios, los que querían la *libertad absoluta del individuo* y los que aspiraban á la *libertad convencional del ciudadano*, los hombres de la libertad y de la igualdad y los que agregaban la *fraternidad*, cuyo nombre y significado eran para los otros desconocidos.

La conclusion de aquel pavoroso drama tenía que ser la dictadura del sable. Los que sólo querían Estados autónomos sin unidad nacional dejando pasar y dejando hacer, tuvieron que sufrir el yugo centralizador de Bonaparte, más duro y potente que el de Luis XIV.

—
Pero ¿cómo hacer la revolucion sin sangre? ¿Cómo asegurar sus conquistas sin el sello inmortal del sacrificio? ¿Cómo

llevar al cadalso la Monarquía sin jurar y cumplir el pacto de muerte? ¿Qué fuera de las máximas inefables del cristianismo sin los mártires de Roma? Al caer el feudalismo de la Iglesia hubiéranse borrado de la memoria con él.

Y sin embargo, allí, hace diez y nueve siglos, sobre el cadalso afrentoso se pronunció por vez primera la palabra *fraternidad*, olvidada y proscrita al siguiente día en la Judea y restablecida por San Pablo en el Lacio, deshonrada despue por las jerarquías jurisdiccionales y el Poder temporal.

XV

LA LIBERTAD.—LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y LOS DEL CIUDADANO.

“El Yo y el no Yo es un mismo Yo; uno que es en mí, y que saliendo al mundo externo, en mí interior se recrea.”

HEGEL.

La confusion de ideas más lamentable que se ha hecho es la de los *derechos del hombre* con los *derechos del ciudadano*.

Aquello es lo fundamental absoluto, esto es lo relativo convencional; aquello es lo *inmanente*, esto es la convencion, el pacto, el voto; aquello es el PRINCIPIO INFORMATIVO, esto es la APLICACION SOCIOLOGICA.

No hay en el pensamiento humano un solo error *sustancial* todos son *confusiones de ideas*.

El hombre nace libre, pues es por naturaleza capaz de derechos. Pero el derecho no puede ser una abstraccion, porque no se concibe el derecho en un sér contemplativo. El derecho es por consiguiente *una actividad*. Si no puede darse el derecho en el sér contemplativo, esa actividad no puede ser insólita, sino *comun*. La actividad aquí es *reciprocidad*, y la reciprocidad tiene que ser la *limitacion del derecho*.

Esto condena sustancialmente el *dejar hacer* y el *dejar pasar*.

¿Quién impone esa limitacion? ¿quién ajusta esa *reciprocidad*? Esta es la cuestion, este el problema.

¿Será Krisna gozándose en triturar con las ruedas de su carro á los penitentes? ¿Será Jehová incendiando villas y lugares? ¿Será Roma azotando á los Reyes? ¿Serán los Reyes convirtiendo á los pueblos en carne de cañon?

No; es aquel soberano que saludó Rousseau en la sociedad misma y por lo cual tuvo derecho á decir:—“Estando formado el soberano de los particulares que le componen, no tiene ni puede tener interes contrario al de ellos; por consiguiente la potestad soberana no tiene necesidad de garante para con los súbditos, porque es imposible que el cuerpo quiera perjudicar á todos sus miembros.”

No importa repetir lo que es fundamental. La fórmula ya la hemos dado y es esta:—*Hallar una forma de asociacion que defienda y proteja con toda la fuerza comun la persona y los bienes de cada asociado, y con la cual cada uno, uniéndose á todos, no obedezca empero más que á sí mismo y quede tan libre como antes.*

Se menospreció á Rousseau y se hizo sátira y burla de su *Contrato social*, en vez de estudiarlo profundamente para depurar la idea que en él palpitaba. Voltaire le llenó de amargos insultos, y sin embargo sus discípulos de la Gironda buscaban en el sufragio la soberanía, procurando la garante en la subdivision de los Estados para hacer más pequeño á ese soberano á fin de que no pudiera dañarse á sí mismo.

La revolucion planteaba un problema, pero no podia dar fórmulas definitivas, porque fué la revolucion un hecho colosal, pero *inconsciente* para los que la hicieron.

Raynal no comprendió ni el espíritu ni la tendencia de la revolucion, cuando escribió no con tinta sino con lágrimas estas frases:—“Me llené de dolor cuando ví el santo nombre del patriotismo prostituido hasta el crimen, y la licencia caminar en triunfo bajo las banderas de la libertad. El horror se mezcló á mi justa pena cuando vi destruir todos los elementos de gobierno y sustituir impotentes obstáculos á la necesidad de una fuerza activa y restrictiva. Busqué los vestigios de aquella autoridad central que deposita una gran nacion en las manos del monarca para su propia seguridad, pero no

pude encontrarlos; busqué los principios conservadores de la propiedad y los hallé amenazados; busqué el asilo en que se habia refugiado la libertad individual y vi la audacia siempre creciente que esperaba, que invocaba la señal de destruccion que se preparan á dar los facciosos y los innovadores no ménos funestos que aquellos.”

Así hablaba un liberal de la revolucion por él mismo iniciada. ¿Qué conciencia tenia del suceso lamentándose de ver hecho pedazos lo que era de necesidad destruir? ¿Qué otra cosa podia ser la revolucion que la lucha tremenda y terrible como era terrible y tremendo el problema de los siglos que iba á resolver? ¿Qué vista tan corta la de Reynal!

Ninguno de aquellos hombres actores del drama comprendió la grandeza del hecho histórico que por ellos se realizaba. Voltaire ni sospechó el movimiento; Condorcet le traicionó; Doumoriez se creyó con poder bastante para contrarestarlo; Mirabeau murió engañado consigo mismo; la Gironda comprometió la revolucion; Danton le tomó miedo; los Jacobinos la extremaron; los termidorianos la vendieron; el Directorio la deshonoró y el Imperio para justificarse puso todo su empeño en vilipendiarla, exhibiendo los crímenes cometidos, calumniando á sus hombres y pasando en silencio las grandes conquistas de las ideas.

Pero de allí viene todo. Apurado el combate en el campo de los hechos, no hacemos más que depurar los principios en el terreno de las ideas. ¡Bendita revolucion!

Ha llegado el momento de *diferenciar* y de *reintegrar*. El individualismo está redimido, pero la sociedad no puede morir. La *iniciativa individual* es la *luz*, pero la *asociacion* es un *hecho*. Edison enciende la chispa, pero la asociacion la *paga* y la *propaga*. ¿Qué seria de la navegacion, de los caminos de hierro, del cable, de la agricultura, de la industria, de las subsistencias, de la seguridad pública, de la vida y de la muerte sin el poder asociado? Mas no puede sostenerse este orden aso-

ciado con la libertad y la igualdad solamente. ¿Cómo ha de hacerse moral y justamente el comercio de ideas y de cosas sin la *reciprocidad* de los derechos y de los deberes?

¿Pero acaso la reciprocidad se concibe sin su legítima garante y su consecuencia forzosa la *fraternidad*? Es preciso unir estrechamente esta idea con las de libertad é igualdad. Para esto se hace indispensable distinguir los derechos del hombre y los derechos del ciudadano. Aquellos son el verbo, estos la preposición.

Y aquí no dividimos al hombre, porque el "Yo que siento en mí, se sale fuera de mí, para contemplarlo dentro de mí mismo."

XVI

DEDUCCIONES CONCRETAS.

"No creais que sea yo bastante temerario, para negar á la *naturaleza* un designio y un objeto. Aquellos cuyas ideas comparto de ninguna manera rechazan el *Télos*, que adivinan, que ven por todas partes, con Aristóteles en la naturaleza. Ellos quieren resguardar al investigador contra los laberintos en los cuales iria á perderse si se empeñase en adivinar, en lugar de atenerse al *rerum cognoscere causas*."

M. MOLESCHOTT.

A propósito hemos citado en el epígrafe precedente un texto de uno de los materialistas más recalcitrantes, catedrático en Turin, por dos razones; primera para justificar que el materialismo adivina y ve en todas partes, como Aristóteles al *Télos* de la naturaleza; segunda, para que adviertan nuestros lectores, que no echamos en olvido la necesidad de atenerse al *rerum cognoscere causas* cuando se plantean estos problemas.

Lo dicho acredita la razón de por qué nos hemos detenido en la exposición de antecedentes *rerum cognoscere causas*.

Ciego traeríamos al lector hasta la presente página si no

hubiéramos fijado el sentido de la revolución como movimiento preparatorio de lucha terrible y cruel y como hecho trascendental realizado. Sin el conocimiento y alcance de la revolución en los hechos no podríamos presentir la revolución en la ciencia.

Deducimos que:

— El hombre es libre sin más amo que la razón que le hace por consecuencia lógica responsable.

— El hombre es ser *activo* no meramente contemplativo, y de naturaleza sociable, de consiguiente no puede cumplir los destinos humanos en la soledad.

Problema consiguiente:

— ¿Cómo se ha de constituir?

— ¿Es soberano?— Debe asociarse por su propia voluntad.

— ¿Para qué necesita de la asociación?— Para sumar fuerzas y beneficios.

Esto es la *reciprocidad*.

— ¿Pero esa reciprocidad debe ser íntima ó de mera cortesía?— Lo filosófico, lo razonable es que sea íntima porque tendrá más fuerza y le conviene más.

Esta es la *fraternidad*.

¿Empero á qué fin suma fuerzas por beneficios y esfuerzos comunes?— Sólo para el bien general, no se concibe otra cosa. Luego el fin humano en la vida sociológica es el *bien general*, no sólo de momento presente sino para las generaciones.

La ciencia y el bien general no pueden tener más que un solo verbo en tiempo presente. Verbo claro, evidente, que no admita duda, distingos ni clasificaciones, para que las generaciones puedan sumar ese fin.

Los medios hacen ese fin. Para llenarlo, el hombre celebra, otorga y suscribe el *convenio constitucional*. Ahí tiene sus Estatutos, esa es su Ley, la capitulación del pacto, que no puede violar sin cometer un *acto justiciable*, porque es produc-

to de su libre voluntad, de su voto, expresion de su soberanía.

—¿Podrá imponer su personal egoismo al bien general? ¿Deja de ser libre acatando la ley que á sí mismo se dió? ¿Podrán violarla sus mandatarios sin caer bajo la sancion de su soberanía? ¿No tiene todas las garantías su libertad en la obligacion que sus asociados han contraido de respetarla y guardarla?

Estas preguntas están contestadas por sí mismas.

Pero los derechos del individuo son originarios y por consiguiente iguales. No pueden admitirse votos cualitativos y cuantitativos. Esto seria reconocer un privilegio en la naturaleza y un abominable prorrateo en los derechos naturales.

Por esto las Monarquías y las Oligarquías son atentatorias á los derechos de naturaleza.

En vano se invocarán las desigualdades de talentos y virtudes. No puede admitirse en los principios una puerta de salida por el sofisma. La naturaleza no tiene más que un claustro materno y una tumba.

En la construccion orgánica de la vida sociológica se da su presencia y su puesto á las actividades y aptitudes dentro del *bien general*, como se dan á las variedades armónicas del funcionalismo universal dentro de la *Naturaleza*.

El voto es expresion rudimentaria de la soberanía tan originario como el derecho que se ejercita. Esta es la igualdad, tan originaria y tan precisa como el nacimiento y la muerte.

Las aptitudes no constituyen *derechos naturales*, son *condiciones apreciables de ciudadanía*. El soldado vale tanto como el general; el general es más útil que el soldado. Pertenecen estas diferencias, no á lo sustancial del individuo, sino á su composicion orgánica. Los derechos de naturaleza son inviolables; los de las aptitudes son adquiridos. Los hombres nacen libres, no esclavos; los sabios y los virtuosos se hacen dentro de la comunidad á cuya concurrencia deben el desarrollo y

actividad de sus aptitudes. Los talentos y virtudes del solitario, que para nada se comunica con los hombres, no se pueden apreciar.

Claramente se ve que no negamos la diferencia de aptitudes sino que la colocamos en su puesto. Tampoco negamos la diferencia de razas. La una y la otra son variedades necesarias para componer la unidad que se *nutre y sostiene por el comercio de ideas y por el cruzamiento de familias*.

Lo que es atentatorio á las leyes naturales son las *castas*, que allí se arrogan la soberanía de la *idea* y allá la del *Poder*, allí anatematizan y aquí acuchillan.

Acabamos de desenmascarar al enemigo. La doctrina más sofística, más infame y más tiránica es la de los votos cualitativos y cuantitativos. ¿De dónde vienen las castas? Del despojo que hicieron los pocos cualitativos y cuantitativos del voto á los más, relegándoles como carneros al sufrimiento y á la servidumbre. Y esta bribonada nos la da como fórmula echándosela de liberal Mr. Stuar Mill. Sólo un inglés se puede permitir tanto cinismo.

—Porque los hombres nacen libres deben votar.

—Porque nacen iguales deben votar todos.

—Porque para el bien general se unen deben fraternizar necesariamente.

Así el individuo de libertad egoista y salvaje se convierte en ciudadano de la civilizacion. Y por virtud del pacto constitucional, queda convertido en *interes general* el personal egoismo:—“no hagas á otro lo que no quieras para tí.”—

Estas fórmulas resuelven las dificultades de derecho, de comercio, de actividad, de gobierno, de Hacienda y de orden público en la vida sociológica, porque cuando se entienda perfectamente el bien general desaparecerán por sí todos los antagonismos.

El hombre nunca va contra sus propios intereses, ni aun cuando se suicida; la cuestion está en cómo lo entiende.

El problema es, pues, de educacion.

El derecho del individuo es la soberanía, la soberanía es la

garante del pacto, es el poder y la vigilancia del cumplimiento, es la responsabilidad de sus mandatarios.

La primera función es el sufragio. Esto necesita estudiar bien el hombre moderno, cómo elige y á quién confía sus poderes.

Así pues, siendo soberano y el Estado la legítima representación de su confianza, es claro que se gobierna y administra á sí mismo.

De esta manera, la patria, la nación, el Estado y el individuo, forman una unidad sustantiva de composición sin antagonismos interiores.

Por interés propio, abdica el individuo su egoísmo privado ante el bien general, y lejos de esterilizarse y morir en un solitarismo impotente y angustioso, suma en su provecho los beneficios que recoge de los esfuerzos de la comunidad.

Cuanto más se extienda la comunidad, es obvio, que mayores serán los esfuerzos y más multiplicados los beneficios.

Un Estado, relacionado con otros Estados, forman un federalismo nacional.

Se ve, pues, que la libertad del individuo es el principio que informa la libertad convencional del ciudadano, y la libertad de los Estados autónomos, es á su vez el principio que informa la libertad nacional.

Pero esta Entidad nacional sólo es una autonomía superior, que puede relacionarse estrechamente con otras autonomías dando amplitud al principio de fraternidad, hasta el logro de un federalismo universal, á lo ménos en relaciones internacionales de servicios recíprocos y de mutuas prestaciones á modo de confederación.

Este es nuestro ideal político del porvenir.

XVII

ELEMENTOS DE COMPOSICION.

“El impulso positivo conduce actualmente á hacer que prevalezca de un modo sistemático el sentimiento sobre la razón y la actividad.”

A. COMTE.

Esto, que se le ha criticado mucho á Comte, es sin embargo una verdad práctica. La inteligencia necesita preparación, la razón necesita educarse. En esto se distingue el pensador de la muchedumbre. La razón educada se impone, y de su seno arranca toda iniciativa, toda actividad. El sentimiento no necesita preparación, una vez herido, impulsa y obra.

Hay que distinguir perfectamente estas dos cosas, que nos atreveríamos á llamar de nuestra cuenta, *diferentes estados de la sensibilidad misma*.

La razón formada en el taller de las investigaciones da el cable. La muchedumbre se apodera de él por sentimiento y no hace discursos sobre la electricidad.

La razón formada da el impulso, hace la ciencia. El pueblo obrará siempre por sentimiento. En el estado de su inteligencia ocupada en ejercicios rudimentarios y mecánicos entran con más facilidad las ideas de sentimiento que las de razón. Por eso las religiones positivas han logrado hacerse creer sin dar lugar á discutir. Ninguna hubiera podido pasar admitiendo la discusión de sus pretendidos dogmas.

En este dato de observación debe fundarse la enseñanza del pueblo, y para hacerle sólidamente firme, basta impulsarle á sentir toda la importancia que tiene el sufragio. La promesa y el castigo, la bienaventuranza y el terror, la gloria infinita y el infierno eterno; estas cosas se le han hecho sentir y ha ido por esos caminos con una venda en los ojos.

La libertad por el voto y la tiranía y la servidumbre por su